

## RESEÑAS

---

*The Florida Indians and His Neighbors.* "Papers Delivered at an Anthropological Conference held at Rollins College, April 9 and 10, 1949". Edited by JOHN W. GRIFFIN. Inter-American Center, Rollins College, Winter Park, Florida, 1949. 168 pp., 9 mapas y tablas.

Este libro es una valiosísima contribución a la prehistoria americana, destacándose no sólo por la erudición, sino también por la claridad de exposición. Además de una breve introducción por C. E. Guthe, Director del Museo del Estado de Nueva York, el trabajo se compone de siete artículos, cada uno de los cuales está dedicado a un tema importante. El primero, por J. M. Goggin, trata de las tradiciones culturales en la prehistoria de la Florida. Bajo el concepto de 'tradicón cultural' comprende el autor "un camino determinado de vida, reflejado en distintos aspectos de la cultura; éstos pueden extenderse a través de un cierto lapso y manifestar normales cambios internos de la cultura, formando siempre, no obstante, una unidad fundamental y consistente. En todo el curso de una 'tradicón' ciertos temas persistentes dominan la vida del pueblo". (No veo la más mínima diferencia entre esta definición y la que es usual para determinar el concepto de una 'cultura' en la literatura europea y argentina, y creo que la palabra 'tradicón' merecería preferencia sólo en el caso de ser más terminante; pero eso no me parece corresponder a la realidad). Por lo demás, la disertación ofrece una excelente introducción al desarrollo de las distintas facies culturales de la península, como base para los artículos que siguen. A continuación, J. W. Griffin se ocupa de la arqueología de la Florida en los tiempos históricos. En un tercer artículo, Ch. H. Fairbanks expone otro hecho básico para la discusión del tema, es decir, un cuadro de conjunto de la prehistoria del Sudeste de los Estados Unidos; la contribución es muy condensada e instructiva. Con el capítulo cuarto, por J. B. Griffin, comienzan las investigaciones comparativas. Al confrontar Mesoamérica con el Sudeste de los Estados Unidos muestra que hubo muchas conexiones entre esas dos regiones, las que son bastante claras ya en la época de las culturas del tipo Hopewell, y más aún en el período de Mississippi o sea desde 1000 d. d. C. De interés especial para nosotros es el examen de las relaciones entre el Sudeste de Estados Unidos y América del Sud. El autor, G. R. Willey, se apoya en la conocida sistematización de las culturas sudamericanas en cuatro grupos: marginales, tropicales, circuncaribes y andinas, clasificación que, en mi opinión, tiene un carácter más práctico que científico-histórico y que, hoy en día, podría ya ser reemplazada

—al menos en parte— por un sistema más profundizado. No es difícil ver, por ejemplo, que las culturas marginales se dividen en dos grandes grupos muy distintos: cazadores inferiores y superiores. Los últimos corresponden, en general, a lo que en Norteamérica es llamado usualmente *Paleoindian*. Me faltan los elementos necesarios para averiguar si las tribus marginales de Colombia y Venezuela pertenecen a los cazadores y recolectores inferiores o avanzados; sin embargo, sobre la base de las excelentes investigaciones de los últimos tres decenios, efectuadas en las Antillas por R. Harrington, R. Herrera Fritot, J. Rouse, C. Osgood, F. Ortiz, J. A. Cosculuella, H. W. Krieger y varios otros, se me impone la idea que los residuos arqueológicos de los Ciboney reflejen una cultura muy rudimentaria, que fué enriquecida solamente en sus fases más recientes por algunos elementos recibidos de sus vecinos. Creo, por lo tanto, que los Ciboney originalmente fueron cazadores y recolectores del tipo más bajo, comparables ante todo con los canoeros de Tierra del Fuego, y mucho menos comparables con el grupo *Archaic* del Sudeste, aunque éste probablemente se haya incorporado residuos de un complejo cultural semejante, lo que tendría que ser examinado más detenidamente. Según expone J. M. Goggin en el primer capítulo del libro, puede presumirse que el *Archaic* de Florida no represente una unidad cultural, o una 'tradición' para usar el término del autor, sino un nivel muy complicado. Sería posible que sus estratos inferiores contengan un acervo cultural que taxonómicamente (o como suelo decir, en lo de las fases), aunque no cronológicamente, sea incluso más antiguo que la cultura paleoindia. Tales concepciones parecerían muy ajenas a los colegas norteamericanos, evidentemente por no admitir la posibilidad de la existencia de culturas de cazadores inferiores en el doble continente. Yo pienso en cambio que es imposible entender la más remota prehistoria americana sin esta suposición, que tal vez un día se afirme también arqueológicamente, es decir, por incontestables hallazgos cuartarios que antecedan los complejos de Sandía, Folsom y Yuma. *Rebus sic stantibus* para mí no es sorpresa el hecho que la confrontación de las culturas marginales de Sudamérica con el *Archaic*, realizada por Willey, termine con la escueta conclusión que no existen indicios de un claro parentesco histórico, y las semejanzas existentes son causadas principalmente por la pobreza cultural en ambos lados y el carácter elemental de las técnicas. Muchas correspondencias, en cambio, las formula Willey entre las culturas tropicales y circuncaribes por un lado y las *Southeastern Burial Mound* y *Temple Mound cultures* por el otro; en su mayoría se explican por medio de interrelaciones históricas o por lo menos del desarrollo paralelo desde una base común. "Este acervo básico común representa un *substratum* en centros como Perú, Mesoamérica, México, de manera que elementos y complejos de elementos existentes en un pasado más remoto en estas regiones, tienen la tendencia a aparecer más tarde en la perifería caribe y del Sudeste norteamericano". Willey sostiene la idea que la transformación de las culturas arcaicas del Sudeste es debida principalmente a corrientes que procedían de México y Centroamérica; en base a estas influencias se habría realizado un intenso desarrollo regional. No excluye aportaciones desde el mundo circuncaribe, particularmente con respecto a la vida político-social, pero éstas le parecen haber sido algo limitadas. El concepto de Willey es, pues, complicado, mas en ello no encuentro inconveniente, porque, a mi modo de ver, nuestras reconstrucciones de los acontecimientos histórico-culturales, por intrincadas que sean, nunca alcanzan la complejidad de los reales procesos históricos.

porción central de la base en cuestión observamos, además, una suerte de ángulo obtuso (fig. 2 b), muy ligeramente dibujado y que bien podría ser accidental.

La base inferior y su borde son perfectamente análogos a la base y al borde superior; la diferencia consiste en la carencia del dibujo en ángulo y en la forma en la cual se reparten las escotaduras en los dos arcos, uno de los cuales comprende 12 y el otro 16.

El objeto que hemos descripto no tiene, a nuestro saber, su compañero en todo el material arqueológico que procede de los dilatados

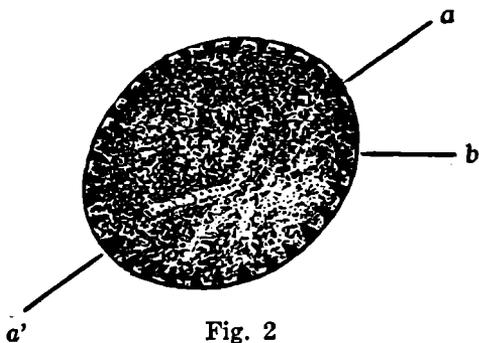


Fig. 2

territorios patagónicos. Puede definirse como pieza única, que sólo ofrece analogías con otras de la región por lo que se refiere a los dibujos ornamentales. Por supuesto, la función que debió desempeñar nuestro pequeño cilindro de serpentina nos queda desconocida por completo, aunque su forma, su pulimentación tan prolija y el hecho de hallarse intacto,

indican que no pudo ser utilizado sino con un fin ritual o, por lo menos, no utilitario.

Queremos, sin embargo, dejar constancia de una noticia, de origen muy oscuro, que nos refirió el señor Allende; la pieza de que tratamos sería un calendario indígena en el que los distintos períodos de tiempo habrían sido anotados mediante cerdas de caballo sujetadas oportunamente en las opuestas escotaduras de los bordes superior e inferior. No quisiéramos rechazar *a priori* el posible fondo de verdad que podría ocultarse en esta tradición; debemos observar, sin embargo, que la pieza tiene un carácter absolutamente arqueológico y que entre el indígena patagónico y el poblador europeo ha habido una verdadera impermeabilidad cultural, por lo que se refiere a la penetración de la cultura indígena en la población actual, mestiza o criolla, que no proceda de la región cordillerana. La sobreposición de la capa humana hispanoamericana a la de los aborígenes del Sud argentino se ha verificado bruscamente, *en discordancia*, para expresar el hecho con un eficaz término geológico, lo que determinó una fractura repentina de la continuidad cultural y, por ende, de la tradición. Por este motivo nada o casi nada del patrimonio cultural del Indio patagón se ha infiltrado en el colono blanco, y cuando éste buscó reconstruir el patri-

monio nativo no pudo hacerlo sino sobre la base de algún recuerdo borroso y de mucha fantasía.

Por lo tanto es nuestra opinión que, a pesar de la noticia referida, deba considerarse a la pieza que hemos descripto como una pequeña incógnita más de la compleja ecuación de la prehistoria patagónica.

MARCELO BÓRMIDA